

3ª edición

Nelson Rodríguez Leyva

EL REGALO

(Cuentos)

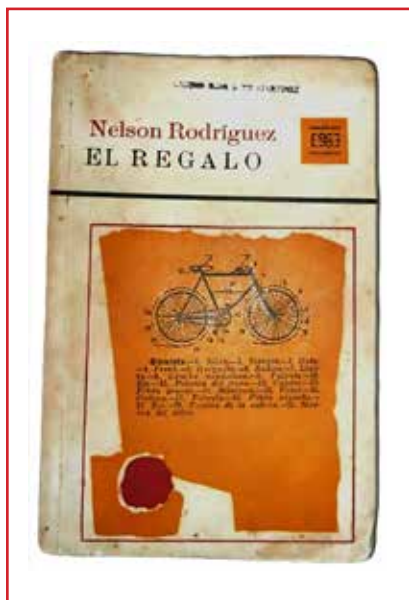
Introducción de Felipe Lázaro

Prólogo de Rafael E. Saumell

Epílogo: Textos de Reinaldo Arenas

Precisiones de Jorge Domingo Cuadriello

**Cincuentenario del fusilamiento del joven narrador cubano
Nelson Rodríguez Leyva (La Habana, 1971)**



BETANIA

LAJUNO RDR G TZ MARTINEZ

Nelson Rodríguez
EL REGALO



Bicicleta.—1. Silla.—2. Mangos.—3. Guía.
—4. Freno.—5. Horquilla.—6. Ruedas.—7. Llanta.—8. Cucheta neumática.—9. Válvula.—10.
Esp.—11. Palanca del freno.—12. Cuadro.—13.
Pebón grande.—14. Manivela.—15. Pedal.—16.
Cadena.—17. Válvula.—18. Píada pequeña.—
19. Esp.—20. Tensión de la cadena.—21. Muelle
del sillín.

(1ª edición: La Habana, Ediciones R, 1964)

EL REGALO

Nelson Rodríguez Leyva

EL REGALO

(Cuentos)

Introducción de Felipe Lázaro
Prólogo de Rafael E. Saumell
Epílogo: Textos de Reinaldo Arenas



BETANIA

(2ª edición: Madrid, Editorial Betania, 2015)

Nelson Rodríguez Leyva

EL REGALO

(Cuentos)

Introducción de Felipe Lázaro

Prólogo de Rafael E. Saumell

Epílogo: Textos de Reinaldo Arenas

Precisiones de Jorge Domingo Cuadriello

**Cincuentenario del fusilamiento del joven narrador cubano
Nelson Rodríguez Leyva (La Habana, 1971)**

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

1ª edición: La Habana: Ediciones R, 1964.

2ª edición: Madrid: Editorial Betania, 2015.

3ª edición: Madrid: Editorial Betania, 2021.

Portada: Cubierta original de la 1ª edición de *El regalo* (La Habana: Ediciones R, 1964).

© Del libro *El regalo*: Herederos de Nelson Rodríguez Leyva

© De esta edición: editorial Betania, 2021.

Editorial BETANIA

Apartado de Correos 50.767

28080 Madrid. España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-361-2

Depósito Legal: M-19069-2015

Hecho en España / Printed in Spain.

INTRODUCCIÓN

Nelson Rodríguez Leyva, joven narrador fusilado en La Habana

Un libro es una pequeña batalla contra el olvido.

Gastón Baquero

Reinaldo Arenas dedicó uno de sus mejores libros *Arturo, la estrella más brillante* (Barcelona: Montesinos, 1984) con un escueto: “A Nelson, en el aire”. Esa enigmática dedicatoria, aclarada en una nota al final del libro, significaba que dedicaba el libro a su amigo y colega de escritura Nelson Rodríguez Leyva.

Los dos amigos nacieron en 1943 y en provincia o “tierra adentro”. Ambos, habaneros de adopción, apoyaron entusiasmados, como otros tantos miles de jóvenes, los primeros años del proceso revolucionario desatado en la Isla.

Rodríguez Leyva era de la provincia de Las Villas y había estudiado con los Maristas. En 1960 fue maestro voluntario en la Sierra Maestra y participó en toda la Campaña de Alfabetización (1961) que recorrió la Isla. Desde muy joven escribía poesía y, sobre todo, narraciones breves. Con veintitún años le publicaron su primer y único libro *El regalo* (La Habana: Ediciones R, 1964) en una editorial estatal (dirigida en ese momento por Virgilio Piñera) que pertenecía al periódico *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio.

En la contraportada de esa edición se pueden leer los escasos datos biobibliográficos del jovencísimo escritor: “**Nelson Rodríguez** nació el 19 de julio de 1943 en Las Villas.

Realizó sus estudios en los Maristas. Maestro voluntario en la Sierra en 1960. Trabaja en el aeropuerto José Martí. Prepara un libro de poemas”.

En 1965, Nelson fue internado en uno de los campos de concentración —en la provincia de Camagüey- llamados UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción). Pasado tres largos años en uno de esos campamentos de trabajo forzado, Rodríguez Leyva fue liberado por “enfermedad mental” al clausurarse dichos centros de reclusión. Ya en la calle se dedicó a sobrevivir en La Habana de la Ofensiva Revolucionaria, de la microfracción y del lamentable apoyo de Fidel Castro a la invasión de Checoslovaquia por los tanques soviéticos. O sea, el fatídico 1968.

La trayectoria vital de este joven narrador, desde ese decisivo año cubano hasta 1971, que es cuando se topa con su destino, es un misterio. Reinaldo lo cuenta en la nota aclaratoria de la mencionada dedicatoria: “Desesperado, en 1971, intentó, provisto de una granada de mano, desviar de su ruta un avión de Cubana de Aviación, rumbo a la Florida. Reducido y en trance de ser asesinado por las escoltas militares del avión, Nelson tiró la granada que hizo explosión. El aparato aterrizó en el aeropuerto “José Martí” en La Habana. Nelson Rodríguez y su amigo y acompañante, el poeta Ángel López Rabí — de 16 años de edad- fueron fusilados”. Más adelante precisa Arenas: “Una tercera persona, el escritor Jesús Castro Villalonga, quien no iba en el avión pero conocía el plan, fue condenado a treinta años de prisión...”.

Nelson fue fusilado, con 28 años de edad, el mismo año que eran detenidos en La Habana Heberto Padilla y su esposa Belkis Cuza Malé y la posterior autocritica del autor de *Fuera del Juego*; la expulsión de Cuba del escritor chileno Jorge Edwards, declarado *persona non grata* y la condena a 10 años de prisión del periodista francés Pierre Golendorff. También es el año del represor Primer Congreso Nacional

de Educación y Cultura donde Fidel Castro anuncia la nueva consigna cultural: “El arte es un arma de la Revolución”.

Tras su muerte, Rodríguez Leyva dejó inédito un libro de relatos sobre su experiencia de los tres largos años pasados en las UMAP. Manuscrito que fue confiscado durante su detención por las autoridades castristas. ¿Dónde estará ese manuscrito? ¿Existirá aún?

Por suerte, ha quedado la oportuna edición de 1964 de su libro de cuentos *El regalo* (que con toda seguridad se podrá consultar en alguna biblioteca universitaria norteamericana), aunque, por supuesto, tras su ejecución, Nelson Rodríguez Leyva fue borrado, eliminado del panorama literario cubano y, por ello, no aparece en el discutido *Diccionario de la Literatura Cubana* (La Habana: I tomo, 1980 y II tomo, 1984), aunque, curiosamente, sus relatos sí aparecen en el libro *Cuba: una revolución en marcha* (París, Ruedo Ibérico, 1967) de los españoles Francisco Fernández-Santos y José Martínez; 512 pp. Antología de temática histórica y socio-económica, pero donde también hay una amplia selección poética y donde además se antologa a diez narradores cubanos de ese momento: Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Onelio Jorge Cardoso, David Camps, Guillermo Cabrera Infante, Antonio Benítez Rojo, Jaime Sarusky, Jesús Díaz y Nelson Rodríguez Leyva.

Poema de Reinaldo Arenas

En 1981, Reinaldo Arenas, ya exiliado en Nueva York, escribe un largo poema dedicado a su amigo Nelson Rodríguez Leyva, que aparecerá, con posterioridad, en su poemario *Voluntad de vivir manifestándose* (Madrid: Betania, 1989):

Si te llamas Nelson (A un joven norteamericano)

Los que te tienen, oh libertad, no te conocen.

José Martí.

Si te llamas Nelson
estarías ahora desfilando marcialmente
(mano levantada, paso firme, pelo al rape)
frente a la tribuna donde el Jefe
conceda quizás la gracias de un saludo.

Si te llamas Nelson
grabarías en la memoria esta escena
y luego clandestinamente
en el breve descanso o el pase reglamentario
(veinticuatro horas)
escribirías.

Si te llamas Nelson
pasarías días enteros (los mejores) en la cola
del helado
pasarías toda tu vida esperando un par de zapatos
que una tía “bondadosa” prometió enviarte de “El Norte”.
Si te llamas Nelson
estarías ahora siendo interrogado
no porque hayas protestado públicamente
no porque hayas salido a la calle con tus hermosos cabellos
/suelos
no porque hayas criticado abiertamente
como haces aquí
el sistema (allí nadie se atrevería a tanto)
sino porque alguien descubrió que eras poeta
o algo por el estilo
y por lo tanto ya esgrimen contra ti

“el cuerpo del delito”.

Si te llamaras Nelson
de la misma plaza donde gritas o te diviertes
serías conducido a un campo de trabajo forzado
te levantarías al alba y contarías las horas
solo por la llegada del camión custodiado
que te llevará al barracón.

Si te llamaras Nelson
por lo que haces por lo que no haces
llevarías siempre un mono azul, una cabeza rapada
unas botas rusas molestísimas y un número
junto al pecho.

Si te llamaras Nelson
conocerías el verdadero significado
de esa libertad que desprecias y atacas
porque nunca la habrías disfrutado.

Si te llamaras Nelson
estarías ahora intentando salir de tu país
estarías ahora lanzándote al mar
estarías ahora siendo capturado en pleno vuelo
estarías siendo capturado antes de que iniciases la
 /estampida
(el mejor delator es allí siempre tu mejor amigo)
estarías ahora otra vez incomunicado y esperando la
 /sentencia
estarías ahora caminando con las manos atadas
hacia el pelotón de fusilamiento.

Si te llamaras Nelson
tendrías como única recompensa a toda tu vida
la visión de tus propios hermanos apuntándote.

Pero si te llamaras Nelson
ni siquiera en el momento en que la metralla entra en tu
 /cuerpo
podrías gritar
como gritas aquí defendiendo impunemente a los verdugos
porque ellos hombres previsores
te llevarán amordazado al paredón.

Si te llamaras Nelson
estarías ahora pudriéndote en una fosa común
estarías ahora enterrado en un lugar anónimo
que nadie irá a fotografiar
estarías ahora bien sepultado en un hueco
donde nadie irá a descubrirte ni sabrá qué hiciste
ni quién fuiste
ni si realmente has existido.

Si te llamaras Nelson
comprenderías lo que significa esa libertad
gracias a la cual (y contra la cual) gritas y
comenzarías a conocerte y a despreciarte.

Pero te llamas Jimmy, Tom, Eddy y ya recoges la pancarta,
impresa en tinta impecable. Tomas el tren o el auto y regresas
a casa pues esta noche has de estar *ready* para asistir al con-
cierto de los Rolling Stone (ya tienes el pulóver lumínico) en
el Madison Square Garden o ver el Festival de Cine soviético
(qué progresistas) en el Carneige Hall Cinema. Y luego, con
un grupo de amigos (o de amigas), riendo, bebiendo, fuman-
do, aullando de vida, Village abajo, rumbo al río.

Si te llamaras Nelson...

Nueva York, 14 de agosto de 1981.

Coda

Este sentido poema de Reinaldo Arenas sobre su amigo y colega Nelson Rodríguez Leyva, demuestra el cariño y admiración que el autor de *Antes que anochezca* le profesaba. Un par de años antes de suicidarse, Reinaldo me propuso editar póstumamente *El regalo* en una recién fundada Betania (cuando nuestra casa editora le publicó dos poemarios: *Voluntad de vivir manifestándose* (1989) y *Leprosorio. Trilogía poética* (1990) que reunía –por primera vez- casi toda su obra poética), sobre todo para recordar a Nelson, pero como no logramos publicarlo entonces, solo ahora nos complace cumplimentar un deseo compartido con el siempre recordado amigo Arenas y así rescatar la figura de un joven narrador cubano fusilado en 1971.

En la difícil y traumática relación entre los escritores y artistas (intelectuales) cubanos y el régimen del 59, el fusilamiento de Nelson Rodríguez Leyva no fue más que otro eslabón en la gran cadena que impuso a Cuba la represión castrista: desde la creación (copia del modelo soviético) de la UNEAC (1961) a las UMAP (1964) o desde la recogida de firmas en documentos oficialistas a los canallescros actos de repudio. Sin olvidar, la confiscación y clausura de todos los medios de comunicación (revistas, periódicos, emisoras de radios y canales de televisión) al inicio de la Revolución, a los poetas que sufrieron presidio político en los años '60, como: Jorge Valls Arango, Ángel Cuadra. Miguel Sales, Ernesto Díaz Rodríguez, entre otros, hasta el cierre de las Ediciones El Puente (1965) y el internacionalmente más conocido caso Padilla (1971).

Represión gubernamental que ya dura 56 años (pensemos en los primeros exiliados, como: Lydia Cabrera, Gastón Baquero o Lino Novás Calvo) y que se resume -como un hilo

conductor- en la trayectoria de sus víctimas: José Mario, Heberto Padilla, Reinaldo Bragado Bretaña, María Elena Cruz Varela, Raúl Rivero, hasta nuestros días, donde destacan nuevos nombres, como: Ángel Santiesteban Prats, Danilo Maldonado (El Sexto), Víctor Moreno, Gorki Águila y Tania Bruguera.

Agradecemos al profesor y escritor cubano Rafael E. Saumell (Sam Houston State University) por haberse sumado a este proyecto con su excelente y documentado Prólogo que enriquece esta edición.

Finalmente, la intención de Betania con la publicación de este libro de cuentos del escritor cubano Nelson Rodríguez Leyva es no solo rescatar a este autor del olvido, sino que representa una condena de la pena de muerte, contra ese “paredón” que comenzó en Cuba, incluso años antes del triunfo revolucionario en la Sierra Maestra, y que no debe volver a repetirse jamás.

Felipe Lázaro
Escalona, 2015.

Felipe Lázaro (Güines, 1948). Poeta y editor cubano. Dirige la editorial Betania desde su fundación (1987). Sus últimos libros publicados son: *Tiempo de exilio. Antología poética, 1974-2014* (Editions Hoy no he visto el paraíso, 2014) y *Conversaciones con Gastón Baquero* (Betania, 2014).

PRÓLOGO

*Nelson Rodríguez, ¿alguien recuerda ese nombre?
¿Recoge la Historia ese nombre?*

Reinaldo Arenas

Lector: Nelson Rodríguez Leyva (Villa Clara, 19 de julio de 1943), autor de la colección de cuentos titulada *El regalo* (Ediciones R: La Habana, 1964), murió fusilado en los fosos de La Cabaña (¿1971 o 1972?)¹ junto a su amigo y cómplice Ángel López Rabí (La Habana, 1957), por haber intentado desviar una nave aérea y lanzado una granada en pleno vuelo, con la intención de ir, no a Cienfuegos, sino a los Estados Unidos. Ambos fueron neutralizados por los custodios y la nave regresó al aeropuerto José Martí. Nelson trató de escapar del avión pero sufrió heridas serias. Así lo cuenta Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca* (1992): “las hélices del avión lo atraparon y durante un año estuvo hospitalizado en estado de gravedad” (175). Hubo un tercer implicado, Jesús Castro Villalonga, quien desistió de sumarse al plan a última hora: “fue condenado a treinta años de cárcel” (175).

1 Casi todas las referencias bibliográficas sobre el fusilamiento de Nelson Rodríguez Leyva y su amigo, el joven poeta Ángel López Rabí, señalan la fecha de 1971 como el año en que se produjo. Es decir, en el mismo año en que los detuvieron tras su frustrado secuestro del avión. Sin embargo, Reinaldo Arenas (que en sus libros *Arturo, la estrella más brillante* (1984) y *Necesidad de Libertad* (1986) apunta 1971 como fecha de la muerte de estos dos escritores cubanos) en su libro autobiográfico *Antes que anochezca* (1992) nos dice: *En cuanto el avión logró aterrizar, Nelson aprovechó la confusión y se lanzó por el hueco del avión; las hélices lo atraparon y durante un año estuvo hospitalizado en estado de gravedad. Cuando los médicos de la Seguridad del Estado lograron curarlo, fue sentenciado a muerte y fusilado, junto a su amigo Ángel López Rabí, de sólo dieciséis años de edad.* (Nota y subrayado del Editor).

En su ensayo sobre Arenas, Rafael Ocasio se refiere a ellos y al fracasado secuestro de la aeronave. Cita a Pierre Golendorf (1977), fotógrafo y periodista francés que cumplió prisión en el Castillo del Príncipe por aquellos años. Así pudo conocer a los tres consortes de causa. Basado en sus conversaciones con ellos, Golendorf le atribuye a Castro Villalonga la información de que a causa de la explosión de la granada murió una aeromoza (150-151).

Sin embargo, en el documento *Agresiones de Estados Unidos a Cuba*, que incluye datos sobre secuestro de aviones, se lee lo siguiente: “71/07/11 Muerto el jefe de la unidad de Cubana de Aviación en Cienfuegos y herida otra persona cuando se enfrentaron a un **grupo terrorista** cuyos integrantes, armados con granadas de mano, intentaron secuestrar, en pleno vuelo, un avión AN-24 CUT-878. Durante el forcejeo hizo explosión una de las granadas, ocasionando las víctimas citadas. El intento de secuestro fue frustrado”. [Mi énfasis]

El informe *Secuestro de aviones* relata el mismo hecho y proporciona los nombres de los dos militares:

1971, julio 11. Resulta muerto Reynaldo Naranjo Leyva [sic]², jefe de la unidad de Cubana de Aviación en Cienfuegos, y herido el teniente José Fernández Santos, cuando se enfrentaron a un **grupo de contrarrevolucionarios**, quienes armados con granadas de mano intentaron secuestrar, en pleno vuelo, un avión AN-24 CUT-878. Durante el forcejeo hizo explosión una de las granadas... [Mi énfasis]

Justamente en la entrada de *EcuRed* que lleva el nombre de Naranjo Leyva hallamos una declaración formulada por

2 Su nombre y dos apellidos aparecen escritos de dos maneras: a) Reynaldo Naranjo Leyva y b) Reinaldo Naranjo Leiva.

Miriam Almaguer Sabina, uno de los cuarenta y seis pasajeros en ese vuelo. Por cierto, los editores de esa página le cambian el apellido a Nelson, de Rodríguez a López. Según ella todo comenzó cuando la aeromoza, Dania Valdés Martínez, había terminado de repartir la merienda y empezaba a recoger las tazas y los vasos. Cuando se paró al lado del asiento donde iban Ángel y Nelson, éste trata de agarrarla por el cuello:

...ella se defiende con la bandeja, lo golpea y forcejea, no se deja conducir hacia la cabina de los pilotos, como pretendía el atacante. El agresor, siempre tratando de sujetar a la azafata, le [sic] grita a los pasajeros:

-Tírense todos al suelo, esto va para Miami... “Sale entonces el teniente Fernández desde la parte posterior de la nave aérea, preguntando qué pasa, y cuando se percata de lo sucedido extrae su arma y conmina al secuestrador a soltar a la aeromoza, y en un momento en que ésta logra desprenderse un tanto, el militar dispara y hiere al hombre en un brazo.

- “Que nadie salga al pasillo -grita ahora Fernández- al que salga le disparo, porque yo no sé quiénes son los cómplices. “Los pasajeros se reclinan en sus asientos, pero yo me mantengo alerta por si puedo ayudar en algo. Entonces el bandido que agarra a Dania le grita al otro [Ángel] que estaba sentado a su lado y que ha permanecido como indeciso: - ¡Tira la granada! ¡Tírala, que estamos perdidos...!

“Y aquel obedece. Lanza con fuerza el artefacto explosivo hacia la cola del avión. Con un sonido sordo rueda por el pasillo hacia el compartimiento de carga. En ese momento se le interpone Reinaldo Naranjo, que está de pie al fondo, toma la granada

entre sus manos, y se tira al piso con ella, apretada fuertemente sobre su estómago...”

Hasta aquí y, en general, el testimonio de Almaguer Sabina coincide con el publicado por Arenas. Nótese, sin embargo, que ella señala a Fernández como el militar que le dispara y hiere a Ángel, un hecho no destacado por Arenas, para quien las lesiones sufridas por su amigo fueron causadas por una de las hélices mientras trataba de alejarse del avión tan pronto regresaron al aeropuerto José Martí. En su relato, ella ofrece una versión diferente:

Hubo una explosión terrible, hubo olor a pólvora... El teniente Fernández también está herido. Esquirlas de la granada penetran en su cuerpo causándole lesiones internas, particularmente en el hígado, y la onda expansiva lo lanza y se le fractura una pierna.

Los daños en el hígado determinarán su muerte años después... Al fin comienzan a descender en La Habana. Antes de detenerse completamente en la pista, bajo un aguacero fortísimo, aún durante el tajeo del avión, los fallidos secuestradores se lanzan por la puerta trasera que han abierto. Con sus últimas fuerzas, y creyendo que están en Miami, **el teniente Fernández dispara sobre los agresores que van en fuga y acierta a uno.** [Mi énfasis]

Por ella no logramos saber quién fue ese “uno” aunque puede especularse que Nelson haya sido el impactado, en este caso por segunda vez, pues Arenas, como se ha expresado antes, sostiene que “durante un año estuvo hospitalizado de gravedad” (175). Del correspondiente juicio contra Nelson, Ángel y Jesús sólo se conoce lo manifestado por Eulogio Naranjo, primo de Reynaldo, quien por cierto menciona a un

cuarto implicado del cual no se había hablado nunca, asunto del cual nadie había hecho referencias con anterioridad.

Asistí al juicio por esos hechos, en La Habana. Se determinó la culpabilidad de los dos autores directos, que recibieron la pena capital; eran dos reclutas de la Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), homosexuales; y **de otros dos implicados [¿?]**, un recluta de una unidad de tanques, que les dio las granadas, y un empresario que tenía relaciones con ellos. El recluta fue sancionado a 30 años de prisión, y a veinte años el otro... [Mi énfasis]

Históricamente, el terrorismo y la piratería aérea constituyen delitos severamente castigados en Cuba, mediante el fusilamiento de los sentenciados. Esta pena se ha aplicado con bastante frecuencia desde 1959. En este momento hay una moratoria iniciada en 2003 luego de la ejecución, por actos calificados de terrorismo, de tres personas (Enrique Copello Castillo, Bárbaro Leodán Sevilla García y Jorge Luis Martínez Isaac), quienes junto a otros implicados trataron de apoderarse, con pasajeros y todo, de una de las lanchas (Baraguá) que hacen sus recorridos diarios en la bahía de La Habana. En este caso no hubo un solo lesionado ni fallecido (Causa 17 de 2003 Sala de los Delitos contra la Seguridad del Estado).

Según Alfonso Serrano Gómez, desde el mismo 1959 “el Código de Defensa Social fue agravando la previsión de la pena de muerte a través de diversas leyes: Ley 425, de 7 de julio de 1959; Ley 923 de 4 de enero de 1961; Ley 988 de 29 de noviembre de 1961; Ley 1098 de 26 de marzo de 1963 y Ley 1248 de 23 de junio de 1973” (1992). Los códigos penales de 1979 y 1987 (éste con modificaciones ulteriores), la mantienen.

Capítulo III Sección Primera, artículo 29:

“1. La sanción de muerte es de carácter excepcional, y sólo se aplica por el tribunal en los casos más graves de comisión de los delitos para los que se halla establecida. • 3. **La sanción de muerte no puede imponerse a los menores de 20 años de edad** ni a las mujeres que cometieron el delito estando encinta o que lo estén al momento de dictarse la sentencia. • 4. La sanción de muerte se ejecuta por fusilamiento”. [El énfasis es mío y con ello trato de llamar la atención sobre el hecho de que basado en este punto, López Rabí no debió ser pasado por las armas].

En un artículo enfilado contra el libro de Edmundo Desnoes *Los dispositivos en la flor* (1981), Arenas señala lo ocurrido a López Rabí: “un sistema que fusila niños de quince años”. Es probable que el delito imputado a Nelson y a sus amigos haya sido radicado como terrorismo y piratería según la definición que de ambos hace el Código Penal Cubano.

En una alocución hecha en la Plaza de la Revolución el seis de octubre de 2001, con motivo del aniversario veinticinco de la explosión en el aire de un avión en Barbados, Fidel Castro ofrece detalles sobre el número de secuestros de aeronaves desde 1959:

La mayor parte...se produjeron entre 1959 y 1973. Ante el riesgo de que se produjera una catástrofe en Estados Unidos o en Cuba...el Gobierno de Cuba tomó la iniciativa de proponer al Gobierno de Estados Unidos —presidido entonces por Richard Nixon, con William Rogers como secretario de Estado— un acuerdo para el tratamiento de los casos de secuestro

de aviones y la piratería marítima. La proposición fue aceptada y se trabajó con premura en la elaboración de dicho acuerdo, que fue firmado entre los representantes de ambos gobiernos el 15 de febrero de 1973 y publicado de inmediato en la prensa de nuestro país, dándosele amplia divulgación. En ese acuerdo, racional y bien elaborado, se establecían sanciones fuertes contra los secuestros de aviones y naves marítimas. Fue disuasivo. Desde esa fecha, el secuestro de aviones cubanos disminuyó considerablemente y durante más de 10 años sólo se registraron en nuestro país intentos baldíos. (2001)

¿Por qué Nelson, Ángel y Jesús elaboraron un plan de fuga tan peligroso y de gravísimas consecuencias? ¿Cuáles fueron las razones que los llevaron a querer irse, con riesgo de sus vidas y las de los pasajeros que viajaron con ellos en aquel día de 1971? ¿Por qué se sentían desesperados? Nunca tendremos las respuestas que necesitamos. Nelson y Ángel están muertos. Jesús, hasta donde se sabe, no ha hecho pública su versión de los acontecimientos.

Lo poco que conocemos procede de fuentes secundarias, como Arenas que fue un testigo excepcional de las últimas horas de esos muchachos en las calles de La Habana. Nunca los olvidó. Quizás veía en ellos a tres hombres insumisos y temerarios, capaces de idear un tipo de acción para la cual él quizás no se sentía preparado ni física ni emocionalmente.

Muchos cubanos se han lanzado y siguen echándose al mar en embarcaciones precarias. Los menos han secuestrado naves pertenecientes al omnipotente estado. Unos han llegado a los Estados Unidos, otros han sucumbido en el intento, ahogados, devorados por la sed y el sol o por los tiburones. El Estrecho de la Florida es el cementerio marino

de quién sabe cuántos miles. Algunos fueron arrestados antes de zarpar, a causa de una delación o de la mala suerte, a varios los persiguieron y capturaron las naves de la Marina de Guerra y de las Tropas Guardafronteras. Todos pagaron con años de cárcel.

Durante mis años de presidio en los ochenta del siglo pasado coincidí y traté con hombres muy semejantes a Nelson, Ángel y Jesús. Les llamaban lancheros a quienes habían optado por la vía marítima. Floro, El padrino, Edmundo, Angelito, Sergito y miles más cumplían condenas de diversa gravedad por satisfacer el simple deseo de desembarcar en la Florida. También hubo casos diametralmente opuestos. Digamos, quienes hicieron el viaje a revés, es decir desde los Estados Unidos a Cuba. Se habían ido a través del puerto de Mariel o emigrado antes de 1980.

La mayoría había dejado atrás a hijos, esposos, padres, hermanos. Querían volver por el temor de que a lo mejor nunca se reunirían con ellos. Sin embargo, el gobierno no les permitía repatriarse. Entonces se decidieron a secuestrar aviones para aterrizar en La Habana. O se valieron de embarcaciones para llegar a cualquier puerto de mar. Dos ejemplos. Un muchacho “invitado” a emigrar por el Mariel en 1980 mientras estaba ingresado en el Hospital Psiquiátrico Mazorra. Nostálgico de su casa y de sus padres compró un boleto de avión y lo desvió a La Habana valiéndose de un pomo de alcohol y de un encendedor. Lo sentenciaron a veinte años. El segundo vivía en Puerto Rico hacía una buena cantidad de tiempo. Decidió retornar y para lograrlo desvió un avión comercial. Igual pena, veinte años. A ellos les colgaban el apodo de “pilotos”. Estaban de vuelta, presos, pero más cerca de sus familiares según alegaban. En ese contexto, los guardias y los presos políticos repudiaban con la misma sorna a quienes calificaban de amigos del muerto y socios del enterrador.

En la contraportada de *El regalo* aparece una mínima ficha biográfica de Nelson. Aparte de lo ya explicado al inicio de este prólogo, podemos enterarnos de que había estudiado en los Maristas, sin aclarar si se trataba de una sucursal en la antigua provincia de Las Villas o donde aún hoy está la sede de los Órganos de Instrucción de la Seguridad del Estado en La Habana. Además se lee que fue “maestro voluntario en la Sierra en 1960. Trabaja en el aeropuerto José Martí. Prepara un libro de poemas”. Qué ironía la de su empleo. ¿Qué puesto ocupó allí? ¿Le vino de esa experiencia la inspiración de adueñarse de un avión siete años después? ¿Qué pasó entre aquel período de entusiasmo juvenil de 1960 y posteriormente el desencanto, la desesperación, la frustración y el suceso terrible de 1971?

Nelson era homosexual y en el ambiente de la época esa identidad resultaba suficiente para que alguien -¿Un familiar? ¿Un compañero de trabajo? ¿El Comité de Defensa de la Revolución (CDR)?, ¿El comité militar de su municipio?- lo señalara como lacra social. El remedio para las “desviaciones” ideológicas, religiosas y sexuales consistió en reclutarlos para el Servicio Militar Obligatorio (SMO) pero con un destino especialmente cruel: las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP).

En el ensayo “El diversionismo ideológico del rock, la moda y los enfermitos”, Ernesto Juan Castellanos cita un discurso de Fidel Castro pronunciado en 1963 donde éste se refiere a “la adversa relación entre la Revolución y ciertos sectores religiosos, sobre todo los Testigos de Jehová, el Bando Evangélico de Gedeón y la Iglesia Pentecostal, a los que consideró enemigos de la Revolución” (4-5). Enseguida reproduce un fragmento largo de ese texto donde Castro se dedica a expresar sus opiniones sobre otros grupos de jóvenes cuya conducta le preocupaba y por eso atacaba:

Claro, por ahí anda un espécimen, otro subproducto que nosotros debemos de combatir. Es ese joven que tiene 16, 17, 15 años, y ni estudia, ni trabaja; entonces, andan de lumpen, en esquinas, en bares, van a algunos teatros, y se toman algunas libertades y realizan algunos libertinajes. [...] Claro que no chocan contra la Revolución como sistema, pero chocan contra la ley, y de carambola se vuelven contrarrevolucionarios. [...] Muchos de esos pepillos vagos, hijos de burgueses, andan por ahí con unos pantaloncitos demasiado estrechos; algunos de ellos con una guitarrita en actitudes «elvispreslianas», y que han llevado su libertinaje a extremos de querer ir a algunos sitios de concurrencia pública a organizar sus shows feminoides por la libre.

Que no confundan la serenidad de la Revolución y la ecuanimidad de la Revolución con debilidades de la Revolución. Porque nuestra sociedad no puede darles cabida a esas degeneraciones. [...] Estoy seguro de que independientemente de cualquier teoría y de las investigaciones de la medicina, entiendo que hay mucho de ambiente, mucho de ambiente y de reblandecimiento en ese problema. Pero todos son parientes: el lumpencito, el vago, el elvispresliano, el «pitusa» [pantalón vaquero: mi explicación]. (5)

Cuando vemos el filme *Conducta Impropia* (1984), o leemos *Arturo, la estrella más brillante* (1984) y *Un ciervo herido* (2002) de Félix L. Viera, entendemos perfectamente porqué Nelson llega a acumular tanta crispación, agonía y sensación de encierro en una sociedad homofóbica capaz de estipular leyes y promover exclusiones destinadas a perseguir y a castigar a miles de gentes como él. Las puertas para huir a otro sitio estaban cerradas a cal y canto. Volar al

exterior a cualquier precio fue la única solución que le vino a la mente.

No debe sorprender que el ingreso y la estadía en la UMAP hayan cambiado radicalmente su destino personal y literario. El libro de poemas anunciado en la contraportada desapareció. El período que pasó en la UMAP, añadido a la discriminación homofóbica dominante, tiene que haber sido insoportable. Castellanos las denomina “unidades de trabajo duro...donde fueron confinados, sin excusas y en igualdad de condiciones, miles de homosexuales, religiosos —sobre todo Testigos de Jehová—, y jóvenes verdaderamente antisociales. El objetivo era preciso y claro: reeducarlos hasta «hacerlos hombres» de la nueva sociedad, y cubrir así aquellas convicciones y «lagunas» sociales, morales e ideológicas que los habían llevado allí” (17).

Por eso Arenas, que padeció la cárcel, la censura y el ninguneo, que sí logró exiliarse, lo recuerda insistentemente. De ahí que lo evoque en al menos tres obras suyas. Le dedica *Arturo, la estrella más brillante* (1984): “A Nelson, en el aire”. En *Antes que anochezca* escribe sobre Nelson en dos capítulos: “Mi generación” (114-117) y “Nelson Rodríguez” (173-176). En éste declara que “...en el exilio, escribí un poema en el que le [sic] pedía a los dioses que Nelson permaneciese siempre así, granada en mano, huyendo de la isla” (175). El poema en cuestión se titula “Si te llamaras Nelson (A un joven norteamericano)” terminado en Nueva York el 14 de agosto de 1983: “Si te llamaras Nelson/estarías ahora intentando salir de tu país/estarías ahora lanzándote al mar/estarías ahora siendo capturado en pleno vuelo/estarías ahora siendo capturado antes de que iniciases/la estampida” (*Necesidad de libertad*, 1986: 204-206).

En este mismo libro, que reúne una serie de conferencias y artículos posteriores a 1980 y hasta su muerte, lo incluye en “La represión (intelectual) en Cuba”: “podría comenzar

a hablar de cómo, desde 1963, se crearon en Cuba campos de concentración [UMAP, Unidades Militares de Ayuda a la Producción]; adonde fueron a parar gentes como “Nelson Rodríguez... ¿Alguien recuerda ese nombre? ¿Recoge la Historia ese nombre?...Nelson Rodríguez era un joven escritor cubano que ahora [1980] tendría mi edad de no haber sido porque, luego de haber salido enloquecido de esos campos de concentración, intentó (oh, hereje) abandonar por cualquier vía aquel paraíso...Averigüen, indaguen: Nelson Rodríguez... autor de un libro de cuentos... publicado por las Ediciones R, dirigidas entonces (brevemente) por Virgilio Piñera” (43).

Afirma que Nelson escribió otro libro donde “narraba la situación de los forzados en un campo de trabajo en la UMAP”. Dice que mereció el elogio privado de Jorge Edwards...” (224). En *Antes que anochezca* señala que Nelson le había pedido que se lo recomendara a su editor en Francia, lo cual hizo pues entiende que se trataba de “un libro extraordinario constituido por innumerables viñetas donde narra cosas ocurridas en el campo de concentración donde había estado” (173). Ese manuscrito ha desaparecido aunque podría conjeturarse que está custodiado en los archivos de la policía.

Edwards contradice a Arenas en cuanto a la valoración de la obra: “en alguna tertulia de escritores cubanos, durante mi primer viaje a La Habana de 1968...Estaba invitado para participar en el jurado del premio de Casa de las Américas y me había encontrado con un manuscrito revelador e inconveniente: un conjunto de relatos sobre la UMAP...eufemismo para designar campos de concentración destinados a homosexuales, drogadictos y otras “lacras sociales”. Mis compañeros de jurado preferían no referirse al manuscrito, pero había una sensación flotante de incomodidad. Los textos no estaban demasiado bien escritos y eso impidió que

fueran considerados en forma seria para el premio, cosa que habría constituido un escándalo público mayor” (41-42).

Dicho libro y la situación imperante en el país fueron los temas de conversación entre Arenas, Nelson y Jesús Castro Villalonga en el Carmelo de Calzada. Allí se despidieron. Por supuesto, nunca más volverían a encontrarse porque dos días después Reinaldo lee la noticia del malogrado secuestro en el periódico *Granma* (174-175).

Han pasado cincuenta y un años de la publicación de *El regalo* y cuarenta y dos del fusilamiento de Nelson y Ángel. En este lapso el nombre del primero y los textos de su *opera prima* y única han aparecido en dos antologías: “El regalo” en *Cuba: una revolución en marcha*. (Selección y montaje de Francisco Fernández Santos y José Martínez. París: Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1967), y “Cauchemar” [“Pesadilla”] en *Cuba. Nouvelles et contes d’aujourd’hui*. Sélection, traduction, introduction et notes de Liliane Hesson. París: L’Harmattan, 1985.

El regalo está dedicado a Elena Parente, de quien no hay más noticia que su nombre y apellido. El diseño es de Santiago “Chago” Armada. Recoge veinticuatro cuentos breves muy bien escritos. Por cierto, nada tienen que ver con la política cultural que ya venía ejecutando el gobierno como se puede comprobar en el libro *Polémicas culturales de los 60* (2006).

El narrador lleva a sus lectores a laberintos fantásticos, a relatos propios de la ciencia ficción como el firmado por un tal N. Popiev en el año 2500 (“Anuario”), o un viaje al centro de la tierra emprendido para llegar a China (“El viaje”); hace predicciones como la del cambio climático, motivo por el cual el protagonista se ve forzado a convertirse en un hombre anfibio en medio de la sexta guerra mundial (“Repetición”); o aquel personaje que se niega a envejecer

durante decenios y siglos para terminar como ejemplar de muestra en un zoológico (“Almanaques”).

Debido al tono narrativo, la abulia y el desdén del protagonista, el relato “Día de domingo” presenta similitudes con Meursault, el personaje creado por Albert Camus para su novela *El extranjero*. Quizás uno de los más logrados es “Pesadilla”, donde el personaje descubre que va muriéndose hasta vaciarse del todo, una especie de variación del “Retrato oval” de Edgar Allan Poe. En “No leer”, por ejemplo, el lector es quien resulta absorbido por el libro cuyo volumen crece mientras disminuye el del lector reducido a pura tinta. En “Recuerdos”, el protagonista muerto construye la narración de su propio funeral, dentro de una atmósfera al modo de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

En “La pelea” se invierte el foco narrativo. Son los gallos quienes actúan de observadores de las peleas entre hombres en una valla. “En la escuela” tiene lugar una metamorfosis de índole kafkiana cuando el director de una escuela se transforma en un animal feroz. En esa línea se destaca, igualmente, “Siquis” donde un león es el dueño del hombre que vive enjaulado. Igual ocurre con “La casa” cuya construcción y disposición de espacios rompe con los moldes de la tradición lo cual explica por qué el garaje está situado a treinta metros de altura.

“Inconformidad” y “La media” son los relatos que mejor pueden describir el destino ulterior de Nelson Rodríguez Leyva y de su obra literaria. En el primero, el narrador asume una actitud irónica de raíz platónica donde los poetas son denunciados porque “tuvieron la culpa. Ello comenzó cuando declararon que todo estaba dicho”. A renglón seguido plantea el dilema de antiguos y nuevos, o sea, el peso de la tradición en la obra de sus epígonos: “Y ante esa afirmación, sólo quedaba el recurso de crear. Pero no

existe nada que pueda surgir nada sin que tenga algún antecedente”.

Después de varios experimentos concluyeron que se debía abolir el pasado (la tradición). Por eso quemaron todos los libros. Resultado, las personas comenzaron a tratar de comunicarse luego de que les cercenaron sus lenguas. Nadie se entendía. Se acabaron las guerras.

Obviamente, algunas tesis de este relato ya se han cumplido en Cuba: se intentó eliminar y deformar el pasado pre-revolucionario. Ciertos poetas se dedicaron a inventar nuevas estéticas para adaptarla a los nuevos tiempos. En el proceso muchos autores y libros fueron excluidos, censurados y desaparecidos. En lugar de ponerles fin a las guerras, éstas se multiplicaron y en algunas de ellas hubo bajas entre los poetas.

En “La media”, la tejedora había terminado solamente una cuando de repente fallece. ¿Qué hacer con una obra incompleta? Al protagonista se le ocurren varias soluciones: cortarse una pierna, intentar usar la única media como bufanda pero se da cuenta de que en verdad aquello sería más bien un corsé. Ninguna de esas opciones le parece recomendable, salvo que tal vez sería conveniente prescindir de la pieza y echarla a la basura. Sin embargo, el narrador conserva su prurito de lealtad a la tejedora y admite que botarla “sería una ofensa a la memoria de Clara”.

Por todo lo apuntado previamente, debemos, lector, darle otra vez una muy merecida bienvenida a este libro, cuyos méritos literarios son indudables, al margen de las consideraciones personales, jurídicas y políticas antes consideradas. Qué pena que no sepamos nada del libro de poemas anunciado, ni de los relatos sobre la UMAP apuntados por Arenas y Edwards. A lo mejor alguien los va a encontrar y publicar. Esta esperanza tiene que ver con la

actitud del protagonista de “Pesadilla”. Invito a todos a que la adoptemos como tributo a Nelson. En un instante de suprema angustia, aquel expresa: “Estoy tratando de no morir del todo, todavía tengo esperanza de que ocurra un milagro. ¿Un milagro? La última y más desesperada oportunidad de un muerto”. Que esta reedición de Betania haga posible el comienzo de su resurrección.

Rafael E. Saumell

Sam Houston State University, Texas
Academia Norteamericana de la Lengua Española
En Texas, siempre en Texas, junio de 2015

Rafael E. Saumell. Profesor y escritor cubano. Graduado de la Universidad de La Habana (1978) y de Washington University (1994). En Cuba, trabajó como traductor de mesa, guionista y director de programas de radio y televisión. Acusado y condenado por haber *escrito* relatos contrarrevolucionarios, cumplió presidio político desde 1981 a 1986. Por este motivo, la edición de su libro *La corte del supremo espectáculo. Historia de la radio y la TV en Cuba* fue destruida por órdenes de la Dirección de la Seguridad del Estado (DSE). Autor de la novela *En Cuba todo el mundo canta* (2008) y del libro de ensayo *La cárcel letrada. Narrativa cubana carcelaria* (2012). Actualmente ejerce la docencia en Sam Houston State University.

BIBIOGRAFÍA

- Arenas, Reinaldo. *Arturo, la estrella más brillante*. Barcelona: Montesinos Editor, S.A., 1984.
- , *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets Editores, S.A., 2008.
- , *Necesidad de libertad*. Miami, FL.: Ediciones Universal, 2001.
- Asamblea Nacional del Poder Popular. “Ley 62. Código Penal de la República de Cuba”. http://www.tsp.cu/ley_62_codigo_penal_cuba
- Castellanos, Ernesto Juan. “El diversionismo ideológico del rock, la moda y los enfermitos”. Criterios. Centro Cultural Teórico. Conferencia leída por su autor, el 31 de octubre del 2008, en el Centro Teórico- Cultural Criterios (La Habana), como parte del ciclo «La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión», organizado por dicho Centro. Al final del ensayo se lee otra fecha: “La Habana, 28 de octubre de 2008.” <http://www.criterios.es/pdf/9castellanosdiversionismo.pdf>
- Castro, Fidel. “Discurso 6 de octubre de 2001”. <http://usuaris.tinet.cat/mpgp/amigos905.htm>
- EcuRed. “Reinaldo Naranjo Leiva.” http://www.ecured.cu/index.php/Reinaldo_Naranjo_Leiva
- Edwards, Jorge. “Antes que anochezca”. *Letras Libres* (Mayo 2001): 40-42.
- Ministerio de Relaciones Exteriores. Cuba. “Sancionados secuestradores de embarcación de pasajeros Baraguá”. <http://www.cubaminrex.cu/es/sancionados-secuestradores-de-embarcación-de-pasajeros-baragua>
- Ocasio, Rafael. *Cuba’s Political and Sexual Outlaw: Reinaldo Arenas*. Gainesville, FL: UP Florida, 2003.
- Pogolotti, Graziella, editora. *Polémicas culturales de los 60*. Letras Cubanas Editorial, 2006.
- Portilla, Lucia Estrella, Carlos I. Pérez Risquet, Juan Gualberto Machado y

Raciel Mapolón López. “Agresiones de Estados Unidos a Cuba”.
<http://www.monografias.com/trabajos31/agresiones-a-cuba/agresiones-a-cuba.shtml>

Rodríguez Leyva, Nelson. *El regalo*. La Habana: Ediciones R, 1964.

---, “El regalo.” en *Cuba: una revolución en marcha*. Selección y montaje de Francisco Fernández.

Santos y José Martínez. París: Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1967.

---, “Cauchemar.” [“Pesadilla”] Cuba. *Nouvelles et contes d’aujourd’hui*. Sélection, Traduction. Introduction et Notes de Liliane Hasson. París: L’Harmattan, 1985.

“Secuestro de aviones”. <http://www.liberenalos5ya.com.ar/Secuestro%20de%20aviones.htm>

Serrano Gómez, Alfonso. “La pena de muerte en los Códigos Penales de Cuba”. *Boletín de la Facultad de Derecho*. No. 1 (1992): 229-236.
<http://espacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:bfd-1992-1-c81ede5e&dsID=PDF>

EL REGALO



Elena Parente



El regalo

Mi padre ha avisado que traía un juguete que hace tiempo le pedí. Creo que trata de darme una sorpresa. Comienzo a pensar en todos los encargos que le he hecho desde hace algunos años. Después de una rigurosa selección, estoy decidido a afirmar que será una bicicleta. Ya la veo ante mí. Roja, con el caballete en blanco; una sirena colocada en la rueda delantera, para que con el roce suene; un foco sobre el manubrio; y por supuesto, que tenga los frenos donde van colocadas las manos.

Me siento como si estuviese montado en ella, corriendo por calles y avenidas; vigilando las piedras o cualquier vidrio que pudiera pinchar las gomas. Luego, ansiaré el atardecer para pasear con el foco encendido. Imitaré el ruido de los autos, y hasta el cerrar de sus portezuelas. Los amigos del barrio, me la pedirán para dar vueltas alrededor de la manzana, pero se la negaré. Quizás haya alguno que otro pleito, y mi padre saldrá a ver qué es lo que sucede. Con mala cara accederé a prestarla, y mientras duren los recorridos estaré preocupado, temiendo que la puedan chocar.

De noche harán que la guarde, y entonces será cuando tenga más deseos de montar.

Ha entrado mi padre, y trae la bicicleta. Él no sabe el porqué, pero no me he puesto contento.

Anuario

Este ha sido un año normal. Se hicieron 300 viajes a la Luna y otros planetas. Se cosecharon más de 20 millones de puds de algodón en las profundidades oceánicas. Por medio de la inseminación artificial, nacieron 322 millones de niños. Las muertes por ancianidad (no existen enfermedades), fueron disminuidas en un 78%. Los robots aumentaron el nivel de producción en un 15% más del que estaba estipulado. El consumo *per cápita* del hombre se consideró en 21.000 calorías diarias. La humanidad leyó más de 134 billones de libros científicos. El único poeta que vivía se suicidó. Causó gran admiración en la ciudad de Ankara, el descubrimiento de un ave natural. A opinión de sabios internacionales, “es lo único puro que sobrevive todavía”. En noviembre fue sofocada una manifestación, que recorría las calles de París, exigiendo “el retorno del amor”, y demandando “el cese del acto sexual por medios mecánicos”.

Excepto lo de la nieve artificial en los países tropicales (por medios electrónicos), y la desecación del mar en un aérea de 2 millones de kilómetros cua-

drados, para albergar la superpoblación (nuestro mal más grave, ya que por las condiciones atmosféricas, no podemos residir en los otros planetas por más de 20 días, y por lo tanto, es imposible la exportación), no ha ocurrido otra cosa que ocupe nuestra atención.

Firmado: N. Popiev
Año 2500

Una orden extraña

A todos en el palacio había extrañado la singular orden del monarca. Aunque en apariencia no daba la impresión de un déspota; en el trato con sus cortesanos se notaba su insensibilidad, apatía y a veces frustración; quién sabe por qué, puesto que obtenía todo lo que deseaba. Con las amantes a veces era atento, otras cruel; con los niños... nunca se le pudo conocer trato bárbaro o cariñoso con alguno de ellos, pues simplemente los ignoraba.

Algunos días iba dos y hasta tres veces a una oficina que se hallaba situada en uno de los salones del palacio, y donde se llevaba a efecto un misterioso censo, el cual tenía desconcertada a la corte. Pasaron dos semanas en las cuales su vida siguió tan normal o anormal como antes. Debido a eso, fue el gesto de asombro de sus más cercanos colaboradores, cuando el rostro de Herodes se llenó de alegría al conocer las direcciones exactas de todos los niños menores de dos años que residían en la ciudad y sus alrededores.

Repetición

Hacía un frío terrible. La nieve tenía tres pulgadas de espesor. Era ese frío intenso de febrero. Todo el campo era una visión de un extenso e infinito desierto.

Se despidió de su señora, la que antes de dejarlo marchar, le abotonó hasta el cuello su abrigo de astracán. Así y todo sentía un frío que le cortaba la espina dorsal, y le corría por todo el cuerpo. Maldijo el cielo, la tierra y cuanta otra cosa le vino en mente. Para aliviar un poco el entumecimiento que le invadía, apresuró el paso. El viento le golpeaba en el rostro, y los pies se hundían cada vez más en la nieve. Para olvidar el frío, pensó en la primavera, en el cálido sol del verano.

Y corrió. Corría con más facilidad que antes. Al rato empezó a sudar. Le molestaba el abrigo. Con violencia se lo quitó.

Contempló algo extrañado el derretimiento de la nieve. No era el tiempo del deshielo, pensó, pero no le dio mayor importancia. Sentía que se le que-

maba la espalda. Era el calor de un sol como nunca lo había sufrido ni aun cuando visitó el trópico, Ya no se apuraba, sino que caminaba tan despacio como podía, a la vez que se desprendía de la ropa. El calor se hizo más fuerte.

A lo lejos divisó el río. Ya no estaba congelado. Más bien se diría que caliente, debido a las burbujas que salían a la superficie, como cuando el agua hierve. Antes de penetrar en él se volvió. Ya no se veía la montaña que se hallaba detrás de su hogar; tampoco la casa, y de la nieve ni rastro.

Un grito salió de su garganta, le pareció que ardía la tierra. Con desesperación se lanzó al río. El agua estaba algo caliente, pero mucho menos que la tierra. En ella pudo refrescarse durante unos segundos del calor que iba absorbiéndolo todo. Sumergió todo su cuerpo, y nadó por debajo del agua. Jamás volvió a la superficie. La tierra se convirtió en fuego, y el agua se evaporó. La sexta guerra mundial había comenzado.

El viaje

He perdido el avión que debió llevarme a la China. Pregunté si habría más vuelos en el día, pero me dijeron que éste era el único que partía para el Asia; que esperara el vuelo del jueves. Pero, es que yo necesito trasladarme a la China cuanto antes. Me dirijo al jardín de mi casa, y con una pala y un pico, comienzo a excavar. Ya me encuentro en la oscuridad de mi hueco.

Un poco más adelante empiezo a notar la claridad que se filtra a través de la débil capa de tierra que me separa de la superficie. Por fin logro salir.

-Ni Hao.

Almanaques

De niño siempre le temí a la vejez. Era una extraña sensación que me llevó a repeler los años. Luego, se convirtió en una obsesión. No había un solo momento en que pudiera apartar de mí la idea de la ancianidad. Para olvidar los días, decidí no pensar en las fechas. Pasé varias semanas encerrado en mi habitación. Corridas las cortinas, no podía saber cuándo era de día o de noche, y por lo tanto, ignoré el transcurso del tiempo. Así descubrí que en ese espacio, no presentaba huella alguna de haber sufrido cambio en mi físico. Esto señaló un hecho importante para mi ulterior desarrollo. Resolví invertir el tiempo. Para ello me hice de varios almanaques. Y comenzando con el de fecha más lejana, empecé a quitar las hojas de atrás hacia delante. Con esta operación consideré que así podía mantenerme joven con el devenir de los años. Con entusiasmo reconocí que tal método daba resultado.

Luego, aquello tomó un cariz más serio, más terrible. Pasaron decenios y siglos, y mi físico permaneció fiel a su época. Mientras, el hombre había evolucionado. Yo era un ser extraño entre aquellas

personas que no tenían brazos, y que para trasladarse no caminaban, sino que rodaban. En vano traté de explicar que era como ellos. Primero fue muy duro, más tarde me fui acostumbrando. Y ahora estoy orgulloso. He llegado a ser el ejemplar más visitado de este Zoológico.

La montaña

A mi amigo y a mí, siempre nos había llamado la atención la montaña de nuestro pueblo. Desde niños no nos cansábamos de hablar de ella y a la vez tratábamos de calcular su altura, ya que ningún alpinista había podido llegar hasta la cima. Por eso hoy, que hemos crecido, decidimos escalarla. Nos despidieron con grandes festejos y cariñosas manifestaciones.

Conforme subíamos, las botas se hundían más y más en la fangosa nieve, que lentamente nos anunciaba (o por lo menos, eso creíamos), la proximidad de la cúspide. Pasaron muchos aguaceros y nevadas, en los cuales se nos curtió la piel, adaptándose al medio áspero en el que nos hallábamos, y en el que se multiplicaban las dificultades según adelantábamos en la marcha. El alimento previsto para la caminata, se nos había agotado, y ahora como único sustento contábamos con las raíces que aparecían al paso.

Las canas empezaron a cubrir las sienes. Y comenzamos a observarnos detenidamente, ya que no

tuvimos la precaución de traer espejos. Según nos mirábamos, aparecían huellas cada vez más alarmantes de vejez. Por un momento pensamos en el descenso, pero luego comprendimos que en la bajada transcurriría más o menos el tiempo que habíamos agotado en la subida, corriendo el riesgo de no hallar al regreso ni raíces para alimentarnos, ya que a nuestro paso en la ascensión hubimos de dar buena cuenta de ellas. Por eso, sin más dilaciones, resolvimos continuar.

Prescindimos definitivamente del transcurso de las horas. El tiempo nos olvidó al igual que nuestro pueblo, pero a pesar de eso, continuamos el ascenso.

La media

Clara me estaba tejiendo un par de medias, pero la pobre murió ayer y sólo había terminado una. Esto me ha causado un gran problema, o una serie de problemas, ya que yo deseaba tener un par de medias de esa clase. Por supuesto, lo más fácil sería que tejiera la media que me falta, pero no sé tejer. Pudiera también mandarla a hacer, pero eso a ella no le hubiera gustado.

Tampoco me puedo poner una sola media, porque desgraciadamente no soy cojo. Aunque bien me queda el recurso de cortarme una pierna, pero me encontraría con que me iban a sobrar zapatos. Pensaba en abrirle un hueco por la parte en que van los dedos, y usarla en el cuello; pero me doy cuenta de que es muy estrecha, y que en vez de bufanda tendría un corsé.

Puedo botar la media, pero sería una ofensa a la memoria de Clara.

Cuántos disgustos acarrea una sola media.

La oficina

Otra vez solo. Cubierto de papeles y recados. Que si viene Fulano... que si Zutano llama... acuérdate de decirle a... ¡No aguanto más! ¿Pero esta gente pensará que uno es una máquina electrónica? ¡Ah!, y ahora para colmo, el teléfono. Por suerte todo lo he resuelto diciendo que llame más tarde, que no se encuentra aquí. Bueno, espero que ahora nadie me moleste.

¿Qué me dijo mi madre al despertarme? No logro recordarlo, sé que fue algo referente a Tía Mercedes. Luego llamaré a ver qué era. Qué silencio, no oigo ningún ruido. Menos mal, eso de bueno tiene mi oficinita. Déjame terminar esta Carta de Cobro.

Todas son iguales: Mi estimado amigo: y al final: De Vd. Atentamente y S.S.: y en el medio el cobro, la cuenta, la deuda, el constante suplicio del recuerdo de pagar. Hoy no ha venido el jefe. Extraño la conversación de siempre. ¿Qué tal, Juan? ¿Cómo sigue tu mamá? Bien jefe, gracias. Después se acerca a mí y pasándome el brazo por los hombros, depositará sobre el escritorio un fardo de papeles.

Esbozará una sonrisa de disculpa o conmiseración. Tal vez él pasó por donde yo estoy. Y si él llegó, yo también puedo. Esa es mi esperanza. A veces tengo miedo de conversar con una mujer. Temo que sólo pueda hablarle de cuentas y cobros. Mi vocabulario se ha reducido al saludo y despido comercial. Al texto no, ése lo dicta el jefe. Pero quizás un día me decida y entonces... haga también los textos.

Día de domingo

Hoy es domingo. Hoy no me levantaré de la cama. Y cuando mi madre me reclame para las tareas hogareñas, me haré la enferma. Vendrá a la cama y me preguntará: ¿Qué te sucede? Yo diré que me duele el estómago, la cabeza o cualquier otra cosa; pero eso sí, no me levantaré para nada. Y cuando quede a solas, en el recuerdo de sucio cuarto, evocaré las aventuras creadas por mi satisfacción. Luego, cuando los recuerdos inventados no logren entretener mi imaginación, observaré por las persianas de la ventana al mundo, ese pequeño mundo que es el pasillo que está al fondo de mi cuarto. Allí veré al viejo Manuel lo bien que camina, cuando su esposa no lo ve. Y cómo se hará el reumático en cuanto la sienta llegar; para que después, con tono adolorido, le diga en voz queda: “Es inútil, Migdalia, no puedo sostenerme bien”. Ella lo consolará diciéndole: “No importa, viejo, usted no tiene por qué trabajar, no haga esos esfuerzos”. Al rato vendrá Gloria con la libreta de apuntes, y nunca faltará la sonrisa de esperanza ante la renovada ilusión de cada lotería. A eso de las once,

me vendrán a buscar mis amigas, por si quiero ir con ellas al parque de enfrente a la Iglesia. Desearé ir, pero tendré que decir que no, pues mi madre la próxima vez no me creería. A la hora del almuerzo, en presencia del plato dominical, donde quizás predomine un bistec, ceremoniosamente tomaré mi plato de sopa y nada más, pues ha sido el estómago el que me ha producido este malestar, según criterio de mis padres. Durante el mediodía, cuando mi madre friegue, mi padre duerma y mi hermano lea, iré a escondidas hacia el estante que está antes de llegar a la cocina, y cogeré un pedazo de pan con dulce de guayaba y aplacaré un poco el hambre que tenía desde la hora del almuerzo. Al caer la tarde, cuando mi hermano se haya marchado para La Tropical. o algún cine, mis padres vendrán a mí y preguntarán si yo creo que me puedo quedar sola; ya que mamá desea recorrer las vidrieras. Y ante la respuesta afirmativa me besarán en las mejillas, diciéndome un cariñoso: “Ojalá mañana ya estés bien”. Un momento después sentiré el cierre de la puerta de la calle.

Ya es hora de dormir, he apagado la luz de mi lamparita y he pensado: “El próximo domingo no me enfermaré”.

La broma

Todo empezó por una broma. A nosotros nos extrañó aquello, ya que mi padre era una persona seria y respetuosa; y aunque nunca llegó a maltratarme, tampoco supo ganarse el afecto de los hijos.

Siempre existió entre él y nosotros una distancia insalvable, crecida aún más debido al trato frío y áspero que nos obligó a mantener. Después, las bromas fueron más atrevidas e indecentes, a la vez que las repetía con más frecuencia, hasta tal punto, que nos encontramos con que nadie quería visitarnos. La primera vez nos sonreímos temerosos de que no hubiese sido un chiste, sino una equivocación. Pero un momento más tarde descubrimos en su rostro, una señal de ansiedad, de alegre ansiedad, como esperando la carcajada que premiara la gracia. Ella no se hizo esperar. Pareció satisfecho, y ese día la efectuó alrededor de diez veces. Y así también los días siguientes. Pronto nos cansamos de aquellas ridiculeces, que llegaron a hacerse monótonas. Temíamos llamarle la atención. Fingíamos una risa que a la par repudiábamos. Pero, no pudimos de-

tenernos, las carcajadas brotaban mecánicamente. Y aquel anciano, no cesaba en su empeño; sus ojos buscaban algo en nosotros (su público), y aquellos ojos me penetraban, y no lograba contener la risa, y deseaba acallarla con un grito. Pero no lo hice, y sólo pude reír para siempre, incontinentemente.

Pesadilla

Según iba subiendo la escalera, me notaba más pesado. A cada peldaño que debía vencer era una parte de mi esfuerzo que escapaba inútilmente. Las piernas se tendían hacia los escalones como plomos colgados a una soga. Y sentía que todo mi cuerpo era atraído por la fuerza de la gravitación. Con mucho trabajo introduje el llavín en la cerradura. Un momento después estaba en la habitación. Los temores no se alejaron de mí, sino que al contrario cobraron más ímpetu, pareciéndome que perdería la razón si no lograba encontrarme. Las manos adheridas a los huesos, como engomadas, me daban miedo, y no podía olvidar que yo estaba muerto. Caminé frente al espejo. En vano busqué mi rostro. Necesitaba verme. Con las manos recorrí mi pecho y mi cabeza. ¿Nada faltaba? Entonces por qué decir que estaba muerto. El clamor de la gente en la calle me sacó del ensimismamiento. Lentamente me dirigí a la ventana, y contemplé a aquel mar humano de lejanas voces. Ya no pertenecía a ellos. Notaba en todos la preocupación por llegar a un sitio, no importaba cuál.

Otra vez ese dolor que recorre todos los huesos, como quemándose. Y veo cómo parte de la piel se desprende y permite ver la carne de las manos al desnudo: las venas en su constante flujo de sangre, y también unos huesos delgados y blancos que parecen ser los dedos. Callo, ya el dolor se apaga en mí, y con el tiempo siento vivir una esperanza. Si es que sufro, es porque estoy vivo. Y con la vista recorro el cuarto. ‘Sí, si estoy vivo! ¡Seguramente es un sueño! Es mi propio cuarto, mi voz, el mismo cuerpo y la misma... ¿La cara? Trato de contemplarme y sólo veo el reflejo de los muebles, las cortinas...

Dos horas después...

Ya he perdido gran parte de la piel del pecho; y con temor contemplo el orificio de bala en el corazón. Con más intensidad que antes siento que mi cuerpo arde, o lo que queda del mismo, y ese dolor punzante me crea un vacío en el cual vago, y noto que camino sin moverme. Miro mis manos. Ya no queda nada excepto los huesos. Estos ya no son tan blancos como hace unas horas. No me acostumbro a la idea de estar muerto, y trato de ver a la gente.

Me asomo a la ventana. Grito con voz ronca. Es inútil, nadie me oye, o juegan a no oírme. Me lleno de angustia. ¿Y después de esto qué vendrá? Sudoroso y cansado me tiendo en la cama. ¡Pero si aún

hablo como si existiera! Que tonto soy. Estoy tratando de no morir del todo, todavía tengo esperanza de que ocurra un milagro. ¿Un milagro? La última y más desesperada oportunidad de un muerto.

De mí no va quedando nada. Silencio. No oigo ningún ruido en las calles. Ha empezado a anochecer, y con la noche presiento que me voy yo también. Y como temo al silencio canto, pero mi voz no rompe la quietud. Ya no me escucho.

Una hora más tarde.

Todo el cuerpo excepto la cabeza se halla sin carne. Por eso es que todavía puedo pensar. Ya no siento ni siquiera la más mínima molestia. Y recorro la estancia con más ligereza.

Toso. ¿he tosido! No, ése no debe ser el nombre de mi lamento. ¡Hay que verme, soy un discreto esqueleto!

Diez minutos.

Ahora sí estoy convencido que me queda poco. Y por tanto deseo dejar un recuerdo. No quiero que me olviden. Siento algo que no logro explicar. Mis piernas empiezan a desaparecer. Se van desintegrando, caen como arena fina en el piso, sin hacer

ruido, sin llenar espacio. Y con ella todo el cuerpo. Miro al techo y abro la boca en un vano intento de gritar.

Diez segundos.

El viento de la media noche, esparce el polvo y la arena de mi habitación, y lo arrastra afuera, hacia la calle.

Inconformidad

Los poetas tuvieron la culpa. Ello comenzó cuando declararon que todo estaba dicho. Y ante esa afirmación, sólo quedaba el recurso de crear. Pero no existe nada que pueda surgir sin que tenga algún antecedente. Y si se tomaba algo de lo viejo, no se había hecho nada nuevo. Primero se dedicaron a la semántica, y luego de una serie de discusiones, se llegó al acuerdo de suprimir los sinónimos. Con esto resultaba más fácil la invención de palabras que sustituyeran las antiguas. Sin embargo, se dieron cuenta de que en vez de crear, lo que hacían era una imitación al esperanto.

Entonces vino lo más grave: se tenía que suprimir la escritura y la prosodia. Y aunque el lenguaje de los signos era tan remoto como el del hombre, lo adoptaron. Los textos acumulados en el transcurso de los siglos fueron quemados. Así el mundo se tomaría más empeño en entender el nuevo método de comunicación artística. Y en vez de hablar se pusieron a emitir extraños sonidos guturales;

aunque para que fuera el idioma universal
tuvieran que cercenar la lengua a todos los
hombres. Parecerá extraño, pero trajo una
gran ventaja: se acabaron las guerras porque
nadie se entendía.

La imagen

De camino a mi casa, siempre tomo por el mismo sendero. No sé, pero me siento feliz al divisar la ventana de mi cuarto, siempre cerrada, pero constantemente acogedora. Por esos hoy, me extrañó hallarla abierta. He visto una imagen en mi alcoba. Me apresuro. Sé que nadie más que yo, tiene llave de la casa. Una vez en la puerta, entre decidido y nervioso, penetro en mi pequeño mundo. La lámpara está encendida. Siento un olor extraño. Un aliento oculto que golpea a mi espalda. Rápidamente me vuelvo. Detrás de mí, la imagen. Trato de apresarla, y descubro que realiza el mismo movimiento. Grito. Pero ella permanece muda. Quiero huir y me persigue. Pegándome a la pared, noto que no se refleja en ningún lugar. Al separarme un instante la percibo de nuevo. Con terror me vuelvo a pegar a la cruda superficie. Sé que está ahí. Me adhiero aún más a la pared.

La cal va llenando la parte perdida de mi cuerpo. Me siento a salvo. Aquí sólo hay cemento y ladrillo.

No leer

Sobre los muslos el libro. El interés cobra intensidad en cada nueva página. La rapidez en la lectura, adelanta el desenlace. Las uñas ofrecen el calmante ideal para unos nervios alterados. Los ojos queriendo penetrar en el mundo descrito, se desmesuran, abarcando en las retinas, la blanca superficie donde se deslizan. Rodilla y estómago se van acercando cada vez más, en un gesto que aproxima el libro a los sentidos.

El aliento choca contra las letras, como resultado de una excitada respiración. Los dedos y luego las manos, comienzan a suplir la función que antes le correspondía a las uñas.

Nota que su cuerpo decrece. El libro aumenta su volumen. El viento bate a las hojas. Se siente apisionado entre la última hoja y la contraportada.

Entonces con asombro descubre que se ha convertido en algo líquido y acuoso. Y en un vano intento de acabar con todo, se plasma en la palabra Fin.

El teléfono

Tengo que cerrar la llave de la bañera, si no, corro el riesgo de ahogarme. Sí, claro, yo no tengo piernas. Soy un desecho humano. Primera vez que me baño solo, pues Marta ha salido a comprar la carne, y ella es la que se encarga de mí. Ah, suena el teléfono. Clamo por Andrea, pero me doy cuenta que tampoco está en la casa. En cuanto dé unos timbrazos colgarán. De seguro que no es una llamada importante. Lleva más de cinco minutos sonando. Quizás es algo grave. Debo contestar. Es muy difícil salir de la bañera, su lisa superficie me hace resbalar. Pienso. Hay que salir de todas maneras y contestar. Afuera siento ese timbre constante y monótono que se me clava en las sienes. Vuelvo a abrir la llave, y el agua fluye en un gran chorro. Comienza a subir el nivel. Dentro de unos minutos rebasará el borde de la bañera, y si consigo flotar saldré fuera. He podido hacerlo. Ahora escucho con más fuerza el timbre. Tendré que ir arrastrándome hasta el teléfono. ¿Le habrá pasado algo a Marta? Por suerte no hay ninguna puerta cerrada. Me arrastro trabajosamente, Ya me falta poco para

llegar. Está sobre la mesa de noche. Hago todo lo posible por alcanzarlo. Y ese timbre me enerva, acrecienta las dudas y la desesperación. Observo el hilo que sale de la pared y va a la mesa de noche. Lo agarro y tiro de él. El teléfono cae y al mismo tiempo se descuelga. Me muevo más rápido que antes. Oigo una débil voz en el auricular. Tal vez sea ella. Al fin lo tomo. Mi cuerpo tiembla.

- ¿Es la farmacia?

- No.

- Perdone.

Lo que le sucedió al autor de libros de misterio

El escritor de novelas de misterio, encara una serie de problemas en su elaboración. Tiene que ir creando el ambiente para introducir a los lectores, en el enigma sobre el cual se fundamentará la obra. Sacará sospechosos del crimen a simples criados o cautelosos diplomáticos. Tejerá una serie de maniobras y enredos ocasionales, que hagan alejar los indicios del asesino, hacia personas no comprometidas.

Luego de la intervención policial, donde se destacará un joven investigador de agradable presencia y mente sagaz, que será el ídolo de la jovencita a la que le mataron el tío millonario; se descubrirá al criminal, que seguramente caerá en la persona de algún familiar adulón.

El autor ha terminado el libro, y después de varias correcciones y tachaduras, lo presenta a la casa editora.

El libro se publica, y al leerlo de nuevo, el escritor se da cuenta de lo aburrida que es una novela de misterio, cuando se sabe quién es el asesino.

Recuerdos

Es un poco difícil rehacer en la mente un momento cualquiera del pasado. Primero se presentan los objetos aislados, carentes de sentido en un mundo imaginario. Luego van tomando los tamaños a escala y repartiéndose ordenadamente en el lugar que le corresponde a cada uno. Poco a poco, van apareciendo personas, se les conoce, algunas vivas y otras muertas; lentamente desaparecen las últimas, y entonces comienza a tener un sentido lógico el recuerdo. Al rato hablan, y así nos adentramos en una conversación que nos revelará algo importante de nuestra vida. Veamos.

Un salón, sobre la pared que se encuentra al lado derecho de donde me hallo reposando, predomina una tela blanca. Al pie de las paredes laterales, hay una ordenada fila de sillones, color oscuro. Sobre ellos unas personas, en actitudes diversas, aunque siempre coordinadas. No existe una sola voz que rompa la monotonía establecida. El color negro parece llenar el espacio, me impresiona, y hasta me produce un cierto temor; pero nada

puedo hacer, ello iría en contra de las leyes ya fijadas. Los adornos son pocos y excesivamente sobrios. Están compuestos por algunas lámparas sin mamparas, de formas ovaladas y largas. También algunas flores, que me recuerdan las bodas en el campo.

De tiempo en tiempo, una mujer cualquiera rompe a llorar y si no es atendida rápidamente con un chocolate, se corre el riesgo de ver el espectáculo, siempre molesto, que ocasiona un ataque de histeria.

Noto que soy el eje, sobre el cual están concentradas todas aquellas gentes. Me siento incómodo en mi lugar, pero estimo que cualquier gesto, por pequeño que fuese llamaría más la atención. Todos se empiezan a reunir en la puerta principal. Hay algunos gritos y lamentos en voz alta, que terminan en un llanto acompasado de una escala de menor a mayor, lo que me hace parecer como si estuviese ante un gran coro. Hacia mí se dirigen cuatro fornidos caballeros. No, eso no, por favor. Exclamo airado, pero no me hacen el más mínimo caso. Y encolerizado contemplo cómo sobre mi pequeña cubierta de cristal, que me permitía observarlo todo, cae la pesada tapa de madera.

Me doy cuenta de que soy levantado en peso. Ya no oigo nada. Debe ser por lo hermético de mi encierro. Sé que dentro de un rato todo habrá pasado, y acabará con una paletadas de tierra.

Era bueno, dirán.

La pelea

Canelo clava sus espuelas en Pinto. En la valla surge un grito de triunfo de los que apostaron por Canelo, mientras que de la parte del Pinto, sólo se oye un leve murmullo.

Otra vez la pelea se empareja. Ahora todo llega envuelto en un mar de cifras y malas palabras, que se confunden con el batir de las alas y los graznidos de dolor. Los hombres comienzan a dar gritos, y a saltar en los asientos como enloquecidos. El movimiento ondulante de los brazos, y el continuo cabeceo de aquella multitud, se va convirtiendo en una contagiosa enfermedad. Ya no gritan, sino que graznan. Se despojan de zapatos y medias, y entonando el Qui-qui-ri-qui de los gallos, se enfrascan en una multitudinaria pelea a espuelas y picotazos. Abajo, unos gallos humanos, contemplan las graderías, donde se desarrolla la lucha entre unos hombres gallos.

En la escuela

Estoy delante del director. Como siempre, me he puesto muy nervioso, y por lo tanto no me atrevo a hablar. Ha empezado a discutirme unos exámenes que según él, yo no he hecho. Sé que los hice alrededor de dos meses atrás, y es lo que trato de explicarle, pero no me presta atención. Para intimidarme, levanta aún más la voz, a la par que restriega frente a la cara mi expediente, donde no aparecen los exámenes realizados. Mi voz se hace más débil; casi es un susurro, y en vano intento que me escuche. Grita, y su rostro se congestiona.

- Ahora sí te tengo en mis manos. Ni en el expediente, ni en el archivo.

- ¿Dónde están, pues?

- César, cálmese que le puede hacer daño. Le aconseja la secretaria.

Pero no hace caso. Los gritos han ido en aumento, y habla a una velocidad tal, que apenas se le entien-

de. Apoya las manos en la mesa, y mientras continúa su exposición, me mira fijo, muy fijo.

Tiemblo, ya no puedo disimular el miedo. De pronto se encarama en la mesa. Parece como si fuera a gatear. Se calla, y su mirada se vuelve más intensa. No logra coordinar las palabras y emite un ladrido.

Asustado abro la puerta, y corro por el pasillo. Mientras huyo, llegan hasta mí los gritos de la secretaria pidiendo un bozal.

El retorno

La Tata se lo había dicho. “Hoy llega tu hermano del frente”. Y dijo aún más. “Tienes que estar orgullosa, regresa siendo héroe”. Sintió una alegría muy profunda, que no tardó en exteriorizar, pese a las caras hoscas de los padres. Toda la mañana la pasó imaginando el retorno de Frank. Los abrazos y besos, las anécdotas, y quién sabe si también algún regalo. Ese día nadie tuvo que mandarla a bañar. Se perfumó con la esencia más costosa de la madre. Revolcó el escaparate, hasta encontrar su batica roja de terciopelo. Hacía calor, pero no pareció darle importancia. Por la tarde no cesó de preguntar la hora de la llegada.

Como respuesta, todo se limitaba a un lacónico “no sé”. A eso de las seis tocaron. Corrió a la puerta. Un soldado preguntó si ésa era la casa de Frank. Dijo que sí. Un momento después le entregaron una cajita gris a los padres. Luego le explicaron muchas cosas. Así y todo siguió sin entender cómo en aquella cajita condecorada cabía Frank.

Guerra paleolítica

La humanidad despertó angustiada. Las potencias A y B estaban al borde de la conflagración. Dado al adelanto técnico en el armamento con que contaban las dos naciones, los hombres del mundo estaban convencidos que éste sería su fin.

Como precede a toda contienda, la prensa de los dos países se dedicó a ensalzar sus respectivas armas.

Entonces comenzaron a salir cohetes, cohetes anti-cohetes, cohetes anti-cohetes de anti-cohetes. Luego de una lista casi infinita de cohetes anti-cohetes y cohetes para cohetes anti-cohetes, la potencia B callaba al enemigo con su nueva arma. Era la bomba desarmadora: en caso de una guerra, dicha bomba haría explosión, y las tropas agresoras, verían desaparecer, como por arte de magia sus armas, desde los cohetes hasta el más miserable alfiler. Por supuesto, igual suerte correría el ejército invadido, pero para triunfar contaban con la fuerza numérica.

La potencia A guardó un discreto silencio ante tal declaración. No era ningún *bluf*, las agencias de espionaje habían verificado la noticia.

Durante cerca de dos meses la situación pareció calmarse. Un día se supo que A invadía a B. La bomba pronosticada hizo acto de presencia en la contienda. Y ese fue el mayor error de B, ya que se habían quedado desarmados ante un ejército equipado con arcos y flechas, espadas y lanzas de madera.

Siquis

Poseo un león que me tiene miedo. Parecerá difícil de creer, pero es verdad. Cuando me lo regalaron, apenas tenía un mes de nacido, y desde entonces lo enseñé a temerme.

Fue muy sencillo. Le di plena libertad. Andaba por toda la casa como si nada. Nunca lo regañé cuando se subía en los muebles y les rompía el tapizado. Poco a poco, tomó conciencia de amo.

Cuando cumplió los dos años, y consideré que ya tenía uso de razón, puse en marcha la segunda parte del plan. Compré una jaula enorme, en la que instalé todas las comodidades de una casa moderna. Le di la llave de la misma, y me encerré.

Desde entonces, cada vez que deseo algo, sólo necesito rugir, que enseguida el león me complace.

La casa

Vivo en una casa grande, a la vez que extraña. Es tan enorme que nunca la hemos podido caminar completa. A veces pensamos que es infinita. Cada habitación en sí, es de forma rectangular, pero encerrada dentro de un círculo. De aquí se deduce, por supuesto, que siempre sobraría un arco. Para aprovechar este arco, se instaló una escalera, que conducía a una explanada superior, donde por una rara coincidencia, convergían todas las demás. Como era antiestético que el piso superior de una casa terminara en una serie de escaleras sin objetivo alguno, se decidió continuar la misma edificación, la cual, después de muchos pisos de altura, murió en un minúsculo aposento, que tenía más de torre que de cuarto. Como se imaginarán, aquello era un laberinto indescifrable. Por lo tanto, decidimos construir una escalera, que desde la calle, estuviera directamente conectada a la torre, nervio central de la casa. Debido a eso, la casa estaba distribuida al revés. Los amigos que no conocían la nueva disposición, y entraban por la puerta de los bajos, se extrañaban de encontrar un cuarto donde

se suponían hubiera una sala. Y según ascendían, su asombro iba en aumento, llegando al clímax, cuando tropezaban con un garaje, a unos 30 metros de altura, haciéndoles pensar, no sin razón, que éramos unos locos; pero luego que les explicábamos que era por ahí donde comenzaba la casa, parecían entendernos, aunque lo cierto es que nunca nos visitaban de nuevo.

Como a veces nos perdíamos entre aquellos círculos, arcos, escaleras y rectángulos, acordamos numerarlos, como las avenidas de cualquier ciudad.

Se corrió el rumor de que muchas personas que nos habían visitado sin avisarnos, se perdieron para siempre dentro de las casa. Nadie más se atrevió a venir. Debido a eso nos encontramos libres de cobradores.

Surgieron muchas imitaciones, y pronto toda la ciudad se convirtió en un rompecabezas.

Para que la idea no se propagara al resto del país, nos cercaron con un muro, y hasta prohibieron la entrada de alimentos.

Sabemos que un día se nos acabará la comida y moriremos; no obstante, el pueblo continúa fabricando.



EPÍLOGO

Textos de Reinaldo Arenas

Primera nota:

Nelson Rodríguez nació el 19 de junio de 1943 en la provincia de Las Villas, Cuba. Realizó estudios en el colegio de los Maristas. Maestro voluntario en la Sierra Maestra en 1960. En 1964 publicó su libro de cuentos *El regalo* por las Ediciones R, dirigidas entonces por Virgilio Piñera. En 1965 fue confinado en un campo de concentración en la provincia de Camagüey .

En 1971, luego de salir del campo, intenta desviar un avión cubano hacia la Florida. El avión, escoltado por numerosos militares, aterrizó en La Habana y Nelson Rodríguez fue condenado a la pena de muerte por fusilamiento.

Dejó un libro inédito sobre sus experiencias como forzado, que ha desaparecido a manos de las autoridades cubanas.

Reinaldo Arenas, *Necesidad de libertad* (México: Cosmos-Editorial S.A., 1986).

Segunda nota:

La dedicatoria: *A Nelson, en el aire*, significa a mi amigo Nelson Rodríguez Leyva, autor del libro de cuentos *El regalo*, Ediciones R, 1964. En 1965, Nelson fue internado en uno de los campos de concentración para homosexuales -en la provincia de Camagüey-, estos campos eran conocidos oficialmente con el nombre de UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción). Luego de tres años en el campo de trabajo forzado, Nelson obtuvo la baja por “enfermedad mental”. Desesperado, en 1971, intentó, provisto de una granada de mano, desviar de su ruta a un avión de Cubana de Aviación, rumbo a la Florida. Reducido y en trance de ser asesinado por los escoltas militares del avión, Nelson tiró la granada que hizo explosión. El aparato aterrizó en el aeropuerto JOSÉ MARTÍ, en La Habana. Nelson Rodríguez y su amigo y acompañante, el poeta Ángel López Rabi -de 16 años de edad- fueron fusilados.

Nelson dejó inédito un libro de relatos sobre su experiencia en el campo de concentración. Este libro, al parecer, ha desaparecido a manos de las autoridades cubanas. Algunas universidades de los Estados Unidos tienen ejemplares de *El regalo*, un hermoso libro juvenil.

Una tercera persona, el escritor Jesús Castro Villalonga, quien no iba en el avión pero conocía el plan, fue condenado a treinta años de prisión, condena que aún cumple en la prisión de La Cabaña, en La Habana.

Pienso en ese momento en que, granada en mano, sobrevolando la Isla con sus campos de trabajo y sus cárceles, Nelson se sintió libre, en el aire, quizás por única vez durante toda su vida. De ahí la dedicatoria del libro.

Reinaldo Arenas, *Arturo, la estrella más brillante* (Barcelona: Montesinos, 1984)

Tercera nota:

La inquietud de Guillermo Rosales aquella tarde en mi casa era por leernos un capítulo de una novela que estaba escribiendo inspirado en la personalidad de Stalin. Lo leyó torrencialmente y se marchó. Nelson y Jesús me invitaron a dar un paseo por la playa. Nelson había estado en uno de los campos de concentración en 1964 y ahora, con la nueva persecución, estaba aterrorizado; no se encontraba con fuerzas para volver a pasar por aquel horror. Me dijo que necesitaba mi ayuda porque lo que quería era abandonar el país, pero no me dijo de qué manera pensaba hacerlo. La ayuda que Nelson quería era de tipo intelectual; quería que yo le hiciese una carta recomendando un libro suyo de cuentos que había escrito; era un libro extraordinario constituido por innumerables viñetas donde narraba cosas ocurridas en el campo de concentración donde había estado.

Fue a mi casa, le hice la carta y después fuimos a la UNEAC donde yo tenía que firmar un libro para poder cobrar mi sueldo. Yo ya no podía, desde luego, escribir para la UNEAC; ni siquiera me dejaban revisar los textos que publicaba *La Gaceta de Cuba*, pero, como todavía no me habían echado del trabajo, era obligatorio que firmara aquel libro. Al terminar en la UNEAC, Nelson y Jesús me invitaron a tomarme un helado en el Carmelo de la calle Calzada; hicimos una larga cola y, finalmente, nos sentamos. Había poco que hablar en un restaurante en Cuba, donde uno no sabe quién está al lado y puede oír las conversaciones, pero yo notaba que Nelson trataba de prolongar su estancia allí. Hubo un momento en que me dijo: “El único que nos hubiera podido salvar de esta situación era san Heberto”. Calificaba así a Heberto Padilla cuando éste estaba preso, pero ya Padilla no era un santo; se había convertido ante toda aquella gente en un traidor. “Ahora sólo queda escaparse del país. Eso es lo que pienso hacer”, me dijo cuando salimos

Caminábamos por las calles del Vedado criticándolo todo, hasta el sol, el calor; todo nos molestaba. Nelson estaba muy agradecido por la carta que yo le había hecho; era una recomendación para mi editor en Francia. Finalmente, tarde en la noche, nos abrazamos y nos despedimos. Tuve toda la noche la impresión de que Nelson quería decirme algo más, pero no se atrevió a decírmelo. Nos despedimos con un abrazo.

A los dos días, en la primera página del periódico *Granma*, venía la siguiente noticia: “Dos contrarrevolucionarios homosexuales, Nelson Rodríguez y Ángel López Rabí intentaron desviar un avión de Cubana de Aviación rumbo a Estados Unidos”. La nota decía que todo el público del avión había reaccionado contra aquellos antisociales y los había reducido rápidamente. Decía además que uno de los contrarrevolucionarios había lanzado una granada, pero que por suerte el avión había aterrizado forzosamente en el aeropuerto José Martí, y que los contrarrevolucionarios serían condenados por un tribunal militar. Eso era todo cuanto decía el *Granma*; evidentemente, no querían darle ningún tipo de publicidad al hecho de que fueran escritores.

Yo estaba aterrorizado. Nelson tenía que haber montado en el avión con mi carta de recomendación para su manuscrito sobre los cuentos de la UMAP. Después supimos cómo sucedieron las cosas. Nelson, su amigo Ángel López Rabí, poeta de dieciséis años, y Jesús Castro habían sacado boletos para un avión de vuelos nacionales que volaría rumbo a Cienfuegos. Tomarían el avión con todas sus maletas y sus viejos libros, con la idea de partir hacia Estados Unidos. Jesús y Nelson, durante su servicio militar, se habían apoderado de unas granadas que tenían escondidas en el patio y su plan consistía en amenazar a los pilotos de avión con tirar las granadas si no desviaban el avión. Pero a última hora Jesús Castro tuvo miedo, se arrepintió y no tomó el avión. Cuando

el avión despegó, Nelson sacó la granada y le dijo al público que si no desviaban el avión la tiraría. Inmediatamente, varios agentes de la Seguridad y la escolta oficial provista de armas largas, que viaja en todo avión cubano, se lanzaron sobre Nelson para matarlo. Alguien que iba en el avión, y cuyo nombre prefiero no decir porque aún vive en Cuba, me contó toda la historia. Nelson corría por todo el avión con la granada y la metía detrás de los pasajeros aterrorizados en forma de amenaza, mientras sus perseguidores trataban de darle un tiro certero. Nelson le gritó a Ángel que lanzara su granada, pero éste no se atrevió y Nelson lanzó la suya. Uno de los Jefes de la Seguridad se lanzó sobre la granada para que ésta no hiciese explosión, pero estalló y le hizo un hueco enorme al avión que ya se encontraba a gran altura. En cuanto el avión logró aterrizar, Nelson aprovechó la confusión y se lanzó por el hueco del avión; las hélices del avión lo atraparon y durante un año estuvo hospitalizado en estado de gravedad. Cuando los médicos de la Seguridad del Estado lograron curarlo, fue sentenciado a muerte y fusilado, junto con su amigo Ángel López Rabí, de sólo dieciséis años de edad.

Jesús Castro Villalonga, que no había tomado el avión pero sabía lo que se planeaba, fue condenado a treinta años de cárcel.

El resto de los pasajeros que permanecieron sentados en sus asientos, sin colaborar con la policía castrista, fueron arrestados por sospechosos y sometidos a investigación. Creo que ellos también deseaban que el avión fuese secuestrado.

En cuanto a mi carta, supongo que desapareció en medio de la explosión de la granada y del incendio que se produjo o, quizá, la Seguridad del Estado la guardó para acumular más pruebas contra mí. Ellos sabían que me tenían en sus manos.

Aún en Cuba, escribí un relato sobre las experiencias de Nelson en los campos de concentración, *Arturo, la estrella más brillante*, y se lo dediqué desde luego a él. Decía así: “A Nelson, en el aire”. Después, en el exilio, escribí un poema en el que le pedía a los dioses que Nelson permaneciese siempre así, granada en mano, huyendo de la Isla. No sé si me habrán concedido ese ruego.

Mi tía, lógicamente, se había enterado del intento de fuga de Nelson. Ahora, según ella, yo no sólo era un maricón contrarrevolucionario, sino que estaba vinculado a terroristas que desviaban aviones con granadas en la mano. De una u otra forma yo tenía ya que marcharme de allí, pero no tenía dónde ir.

En Cuba todas las casas pertenecen al Estado; obtener un simple apartamento es un privilegio que sólo se concede a los altos funcionarios. Para obtener un televisor o un refrigerador había que pasarse muchos años cortando caña, acumulando méritos laborables y políticos, y tener una conducta intachable. Yo no tenía ninguno de esos méritos y mi conducta estaba muy lejos de ser intachable.

Sin embargo, aquella zona estaba llena de residencias vacías, aunque, ciertamente, muchas estaban ocupadas por becadas que, provenientes de los campos de Cuba, eran felices de vivir en esas casas lujosas de Miramar, las cuales fueron destruidas, minuciosamente, por ellas. Una vez mi tía y yo oímos un gran estruendo y era que aquellas muchachas campesinas habían roto todas las ventanas de madera de la mansión y habían hecho una fogata en el patio para hervir la ropa. Así muchas de las partes más elegantes de aquellas residencias, y también sus muebles, pasaron a convertirse en combustible.

Antes que anochezca (Barcelona: Tusquets Editores, 2001); págs. 173-176: “Nelson Rodríguez”.

PRECISIONES DE JORGE DOMINGO

Estimado Felipe Lázaro

Responsablemente te puedo asegurar los siguientes datos en relación con el desventurado escritor Nelson Rodríguez Leyva:

1- En el Libro de Enterramientos Número 263 de la Necrópolis de Colón reza que los restos de NELSON JOSÉ RAMÓN RODRÍGUEZ LEYVA y ÁNGEL LÓPEZ RABÍ, en ese orden, fueron inhumados el 7 DE DICIEMBRE DE 1971 en una bóveda de la Administración del Cementerio. En ambos casos aparece como causa de la muerte: HEMORRAGIA INTERNA. No se anota el lugar de fallecimiento. Sí aparece una nota de que los restos del primero posteriormente fueron exhumados y colocados en un osario. El segundo no fue exhumado.

2- Llama la atención que la letra del que escribió el registro de esas dos inhumaciones es muy distinta a la letra de quien anotó los registros anteriores y los posteriores.

3- Tomando en cuenta de que desde principios de 1959 los fusilamientos se realizaban al amanecer y de inmediato los cadáveres eran conducidos al Cementerio de Colón en un vehículo al que le llamaban El Carro de la Lechuga, puede afirmarse que fueron ejecutados ese día 7 de diciembre de 1971. En esos casos no había velorio alguno ni se les avisaba a los familiares la realización del entierro. A los fusilados desde enero de 1959 se les ponía, como causa de muerte, HEMORRAGIA INTERNA. En muchas ocasiones

se les anotaba, como lugar de fallecimiento, Fortaleza de La Cabaña, pero en estos dos casos ese acápite aparece en blanco.

4- Te puedo asegurar que los padres de Nelson Rodríguez vivían entonces en la calle 19 entre 10 y 12, acera de los números impares, Vedado, La Habana, en un apartamento de los buenos edificios que hay allí. No te puedo asegurar que allí viviera también Nelson. Su madre y mi madre tenían cierta amistad, pues coincidían tanto en el mercado La Copa, de la esquina de 12 y 19, como en la Iglesia del Carmelo, en 16 entre 15 y 13, frente al Parque del Padre Reginaldo. Yo siempre he vivido en un solar ubicado en la calle 12 entre 19 y 21, número 462. Es decir, a unos cien metros de donde vivían los padres de Nelson, No recuerdo a su madre, pero sí, muy bien, a su padre, un señor de baja estatura, algo grueso, con bigote, muy reservado, que trabajaba como bodeguero creo que en la otra Copa de 23 entre 12 y 14. Días después del fusilamiento de Nelson mi madre coincidió con la madre de Nelson en la iglesia y a la salida, mientras regresaban a la casa, esta se echó a llorar por el fusilamiento de su hijo, le enseñó una foto de él y se lamentó de que no le hubieran entregado el cadáver. También le contó que cuando lo fue a ver al hospital, pues había resultado herido en el intento de secuestro, Nelson le pidió que se olvidara de él, como si nunca hubiera existido. Eso me lo contó después mi madre en la casa. Es muy probable que un par de semanas después las autoridades le hayan indicado a los padres dónde había sido sepultado su hijo. Creo recordar que Nelson tenía un hermano mayor, que a diferencia de este no era desafecto al gobierno, y tras el fusilamiento había llevado por unos días a sus padres a Varadero para que trataran de superar tan terrible desgracia.

5- Con el evidente propósito de desinformar, la noticia del intento de secuestro del avión que apareció en el diario Granma identificaba a Nelson como NELSON ÁLVAREZ LÓPEZ. Con toda intención le cambiaron el nombre. Ver Granma del 12 de julio de 1971, página 3.

6- Conocí a Jesús Castro Villalonga porque él fue por poco tiempo, acaso un curso o dos, profesor de historia en la Secundaria Básica Antonio Guiteras, situada entonces en la calle 17 número 1054, entre 12 y 14, Vedado, donde había estado el Colegio Teresiano hasta la nacionalización de la enseñanza en 1961. No fue profesor mío, pero sí coincidimos en la Escuela al Campo, que tuvimos que cumplir a medio kilómetro, más o menos, de la localidad habanera de Caimito del Guayabal, en 1968. Recuerdo su imagen: piel cetrina, cara con baches como consecuencia de los granos, piernas y caderas anchas, lo cual le confería un tipo feminoide. Decía que había nacido en Puerto Rico y públicamente contó en una reunión del campamento, en que yo estaba presente, que un tiempo antes había estado preso por una confusión que hubo acerca de su persona y se había tenido que enfrentar al jefe de la galera, un delincuente al que le decían el Sha y estaba preso por haber degollado a su madre, porque este tenía sometidos a los demás reclusos. Una historia rara que al menos a mí me dejó desconcertado. Por eso la recuerdo. Y también recuerdo que los alumnos ya mayores, con mayor malicia, lo conceptuaban por lo bajo como un maricón al que había que tener a distancia. Ya después del regreso de la Escuela al Campo no lo volví a ver. Años más tarde me enteré de su participación en el secuestro del avión que protagonizaron sus amigos Nelson y Ángel. Él estaba dentro de la relación de los pasajeros del vuelo y según parece en el último momento desistió de participar en el desvío y no subió al avión. Pero la policía

lo identificó y también fue incluido en la misma causa y el fiscal le pidió igualmente pena de muerte. Al final lo condenaron a 30 años de cárcel. Ya en 1981, aproximadamente, si mal no recuerdo Nicolás Heriberto Lara Hernández, mi amigo del Grupo de la Funeraria, u otro del mismo grupo que lo conocía, se lo encontró casualmente por la zona de Coppelia, y decía que estaba aplastado y temeroso, con permanente expresión de terror, apenas hablaba, y que estaba haciendo gestiones para irse de Cuba. (Para mayor enredo, veo ahora por internet que en la actualidad hay un escenógrafo en los teatros cubanos que se llama Jesús Castro Villalonga. ¿¿¿El mismo???)

7- Nelson y Ángel fueron fusilados el 7 de diciembre de 1971. Reinaldo Arenas, amigo de ambos, se suicidó en Nueva York ese mismo día de 1990, sin conocer este detalle. Vaya coincidencia de las desventuras.

Espero que estas informaciones te sean útiles. Puedes hacer con ellas lo que consideres.

Por favor, acusa recibo.

Un abrazo

Jorge Domingo Cuadriello

La Habana, 2021.

Jorge Domingo Cuadriello (La Habana, 1954). Investigador literario y narrador. Es editor y jefe de redacción de la revista *Espacio Laical*. Ha publicado las investigaciones *Espanoles en Cuba en el siglo XX* (Sevilla, 2004), *El exilio republicano español en Cuba* (Madrid, 2009) y *Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba* (2011), que recibió el Premio de la Crítica, así como los libros de cuentos *La sombra en el muro* (1993), *Diacronía y otros sucesos* (1996), *Fábulas sin (contra)sentido* (2006), galardonada con el Premio Vitral, y *El descenso* (2008). Reside en La Habana.

Este libro se terminó
el día 7 de diciembre de 2021,
al cumplirse el 50 Aniversario del fusilamiento de
Nelson Rodríguez Leyva
y del jovencísimo poeta Ángel López Rubí.



ÍNDICE

Introducción de Felipe Lázaro	7
Prólogo de Rafael E. Saumell	15
EL REGALO	
El regalo	37
Anuario	39
Una orden extraña	41
Repetición	42
El viaje	44
Almanaques	45
La montaña	47
La media	49
La oficina	50
Día de domingo	52
La broma	54
Pesadilla	56
Inconformidad	60
La imagen	62
No leer	63
El teléfono	64
Lo que le sucedió al autor de libros de misterio	66
Recuerdos	68
La pelea	71
En la escuela	72
El retorno	74
Guerra paleolítica	75
Siquis	77
La casa	78
Epílogo: textos de Reinaldo Arenas.	81
Precisiones de Jorge Domingo Cuadriello	87



Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2021)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.

Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.

Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llopiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.
Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
Fantasías reales, de Silvia Burunat.
17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.
De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín
Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román
Escribas, de Aimée G. Bolaños.
From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.
Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.
El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva (2ª y 3ª edición).
Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.
Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall
Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.
Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.
Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.
Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro.
Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.
No quiero llanto, Dolores Labarcena.
La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.
Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.
Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.
Hoy como ayer, de Tony Guedes.

Nelson Rodríguez Leyva (Las Villas, 1943 – La Habana, 1971). Narrador cubano fusilado por el régimen castrista. Estudió el Bachillerato en el Colegio de los Maristas en la capital cubana. Fue Maestro voluntario en la Sierra Maestra (1960) y participó en toda la Campaña de Alfabetización en 1961. En 1964 publicó su primer y único libro: *El regalo* (La Habana: Ediciones R, 1964), casa editora estatal que dirigía Virgilio Piñera.

En 1965 es internado en un campo de concentración de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) en la provincia de Camagüey. Tras tres años de trabajos forzados, salió -con problemas mentales- al cerrar el gobierno cubano dichos centros de reclusión dada la condena internacional.

En 1971, junto a su amigo, el poeta Ángel López Rabí (de 16 años de edad) intenta secuestrar un avión de Cubana y desviarlo a la Florida. Fracasan. Nelson tira una granada de mano que estalla pero fueron reducidos por los escoltas militares de la aeronave. Ya detenidos, se les juzgó sumariamente y fueron condenados a la pena de muerte por fusilamiento.



editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA